



HISTORIA

VERDADERA Y EDIFICATIVA

DE LA MADRE DE LOS POBRES, Y DUQUESA
penitente de Lantzgrave de Turingia, Princesa
de Asia, é Infanta de Ungría

SANTA ISABEL.

SACADA DE JACOBO MONTANO
de Spira, Coriolano y otros.

SU AUTOR DON HILARIO SANTOS ALONSO.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

En Valencia en la Imprenta de la Viuda de Agustin Laborda,
en la Bolsería, donde se hallarán otras diferentes.



RESUMEN DE LA HISTORIA.

ORIGEN Y NACIMIENTO DE Sta. ISABEL.
Casamiento de la Santa. Sus virtudes. Gracia especial que Dios la concede para con su esposo. Caso chistoso que la aconteció. Desprecio que hace de sus galas. Hechos heroicos con los pobres, y uno especialísimo. Profecía maravillosa de la Santa. Prodigio que executa con ella la Omnipotencia. Remedia una hambre general, y triunfa de sus acusadores. Virtudes heroicas de Ludovico su esposo. Muerte de Ludovico, y sentimiento de su esposa. Trabajos que empieza á padecer Santa Isabel. Echanla de palacio, y no encuentra quien la acoja, ni quien la dé casa. Refúgiase con sus damas en un corral abierto. Son despues echados tambien de palacio sus hijos; y recibimiento tierno que los hace su madre. Caso que la sucede con una infame é ingrata vieja. Dos especiales favores que la hizo la Magestad divina. Razonamiento singular de Rodulfo á favor de la Duquesa. Desecha el gobierno de Turingia. Recibe su dote, y lo reparte entre los pobres. Consuelala el Santo Padre Gregorio IX. Es entregada á la direccion de Conrado, y casos que la acontecen con él. Hácese Monja de la Tercera Orden de San Francisco. Lo mucho que adelantó desde entonces, y favores que mereció de su Dios. Uno muy especial que fue el último. Muere entre cánticos de Angeles. Es muy llorada de todos, y los pobres la lloran á voces por las calles. Danla sepulcro honroso, donde Dios obra muchos y singulares milagros por su intercesion.

FUE esta gran Princesa Santa Isabel hija de Andres Rey de Ungría, y de Gertruda su muger, hija del Duque de Carintia. Este dichoso Rey, aunque fue alabado de poderoso y rico, mucho mas

lo fue de haber gobernado su reyno con justicia y religion, lo qual es singular y propio de los buenos Reyes. Antes de nacer esta illustre Infanta, hubo anuncios de lo que habia de ser: su buena inclinacion, sus virtudes, sus milagros, y en fin que habia de ser señalada en su vida en gracias. Ya que nació y fue criada con toda diligencia, saliendo de los años de la niñez, se vistió à Cristo, conforme à lo que dixo el Apóstol, y despues que se le vistió, le tuvo en sí asido con todo el corazon, sin haberle dexado en tanto que vivió.

ob Estando aun mamando en los pechos de su madre, Hermano, Lantzgrave de Turingia, la envió à pedir por esposa para Ludovico su hijo, que à la sazón era de la misma edad. El Rey Andres se la prometió; y luego que llegó à los quatro años, deseando Lantzgrave tener tal joya en su casa, envió sus Embaxadores por ella. La Reyna la envió con una cama y aderezo de plata y oro, y ricas piezas de lo mismo, con muchas piedras engastadas en ellas, y muchas telas de gran valor, con otras alhajas, como convenia à la autoridad de Reyes tan poderosos. Ademas de esto envió mucho dinero, y un recado para Lantzgrave, que aquello que enviaba era poco, pues andando el tiempo, y quando los desposados llegasen à perfecta edad, enviaria su dote y alhajas de gran precio y cantidad. La infanta fue recibida en Turingia con gran pompa y gasto: la alegría fue muy comun, y toda la Corte prorumpia en gozos, porque pronosticaban todos, que Dios misericordioso les habia dado una Señora de su mano, y tal, que habia de ser milagro y exemplo raro del mundo. Pasados despues tres años, murió la Reyna Ger-

truda, y ya por este tiempo la Real Infanta daba muestras de la santidad que habia de tener. En las iglesias edificaba à todos en su tierna edad. Si dentro de palacio hallaba las puertas de la capilla cerradas, se postraba ante ellas, y besaba los umbrales de la casa del Señor. Estaba tan enamorada de Dios, que en nada pensaba sino en su Magestad. Algunas veces que jugaba con sus damas, daba lo que ganaba à las doncellas pobres, y à cada una la rogaba dixese un *Pater noster* y una *Ave Maria*. Quando llegó à los nueve años murió Lanizgrave su suegro, y como iba mas creciendo en la edad, tanto mas crecia en virtudes, y sobre todas ellas desde entonces se determinó de tener en todo y por todo à Dios delante de sus ojos, y ya arrebatada de estas consideraciones, dexaba el ornato de sus vestidos, tocados, galas y joyas: dexaba el regalo de carne; y la vanidad del mundo, no solo la menospreciaba, mas aun la pisaba.

Criábase en palacio à la direccion de su suegra Sofia, y en compañía de una hija suya llamada Ines. Estas eran amigas de vestidos y adornos exquisitos: mas la tierna Infanta por no poder mas iba con ellos, aunque interiormente lo aborrecia. Huía las veces que podia de las diversiones, y se retiraba à su quarto à orar y conversar con sus damas cosas del cielo. Esto daba motivo à que dixesen muchas veces Sofia y su hija Ines, que Isabel mas convenia para Monja que para Duquesa. Viniéronla à tener en poco, porque no queria visitas con las demas damas y señoras; y creció tanto la envidia y maldad en los Grandes del principado, que con el favor de Sofia ya públicamente

decian, que Isabel no era competente para esposa de Ludovico, porque no hacia cosas que pareciesen de Princesa, y que así seria mejor volverla á Ungría, ó casarla con otro Caballero y no con el de Lantzgrave.

Santa Isabel vino á entender lo que pasaba, y no se la dió cosa alguna que la tuviesen en poco; solo temia, que quizá por dar gusto á su esposo y demas Caballeros, habria de dexar aquella humildad y recogimiento para comunicar mas con su Dios. Por esto se volvía á él con muchas lágrimas, y le suplicaba que hiciese como su esposo la quisiese, sin que dexase aquel orden de vivir á que se habia aficionado. Ludovico en medio de que pasaban todas estas cosas, no dexaba de amar á Santa Isabel, ni pensaba de volverse atrás sobre el matrimonio concertado, aunque algunos pensaban lo contrario: y así lo dió á entender á un Caballero llamado Gualtero, el qual como le dixese, si era verdad que no se queria casar con la Infanta, el Príncipe Ludovico le mostró un alto monte, y dixo: *si de una parte me pusieren aquel monte de oro, y de otra el casamiento de mi esposa, antes cumpliré la fe que tengo prometida, que recibir tanto oro. Y si dicen los Caballeros otra cosa, es porque no entienden mi voluntad y deliberacion. Mas porque ésta se entienda, y no digan mas locuras, yo abreviaré el matrimonio, donde verán el efecto del amor que tengo á la Infanta.*

Mucho se alegró Gualtero con la resolucion del Príncipe, y mucho mas con lo que despues executó. Pidióle Gualtero licencia para participárselo á la Princesa. Dióselo Ludovico; y no solo le insinuó que se holgaría de que la dixese su última volun-



tad, mas que para indicio de lo mucho que la amaba, la llevase un espejo guarnecido de piedras de grande valor, y en él dos cristales, el uno limpio para que se mirase, y en el otro iba pintado un Cristo crucificado. Santa Isabel luego que se vió con el presente que su esposo la enviaba, quedó satisfecha del amor que la tenia, y dió muchas gracias á Dios porque la habia oido en sus suplicas. Finalmente desde entonces el Príncipe Ludovico abrevió el casamiento, luego que llegó á los años de poderse casar, y los dos muy amados Señores celebraron su matrimonio con grandes regocijos y fiestas.

Despues que Santa Isabel se casó, no dexó aquel su primer fervor y deseo de servir á Dios: antes se ocupaba en mas santos y árdulos exercicios. Entretenia y alimentaba su alma con la contemplacion de las cosas celestiales, y maltrataba su delicado cuerpo con vigilijs, oraciones y ayunos. Aborreca las camas blandas, porque si acaso la carne se acostumbraba á que la regalasen, no se hiciese indigna de Cristo. Por esto se levantaba muchas noches de la cama de su marido, y se iba à pasarlas en oracion. Y aunque al principio lo hacia estando el Príncipe durmiendo, despues él lo vino á consentir disimulándolo, y al cabo consintiéndolo expresamente; y esto se entendió, porque muchas veces la rogaba, que ya que se levantaba á aquellas sus devociones de noche, no se estuviese mucho en ellas, porque la destemplanza de la noche no la hiciese daño. Y así aconteció una noche un caso chistoso con el Duque y una criada, que fue de la manera que diré.

Por si acaso se dormia, estando en la cama con

el Lantzgrave, tenia mandado la santa Princesa á sus damas que la despertasen, y que callando la asiesen del pie: y una vez una de sus damas, la mas querida por ser buena como ella, que se llamaba Isintruda, por asir del pie de la Infanta asió del del Príncipe, el qual como entendia lo que era, disimuló, y dixo: *te has errado, Isintruda, toca el otro y acertarás.* Tocóle, y se levantó luego la Princesa. Pasando adelante con su devocion, ya se quedaba muchas veces fuera de la cama, y se acostaba vestida sobre unos tapetes que hacia echar sobre el duro suelo: tambien se disciplinaba todos los viernes del año, y en la quaresma todos los dias.

Vióse precisada un dia de grande fiesta á vestirse riquísimamente, y con una corona de oro puesta en su cabeza: acompañada de Grandes y los de la Guarda, fue á oír misa á una iglesia que estaba no lexos de Palacio. Entrando en ella vió luego á su Dios Jesucristo crucificado, y al punto sintió herido fuertemente su corazon, siguiéndosela de aquí dos fuentes de lágrimas de sus ojos, y entre ellas dixo estas palabras: *ay de mi! que mi Criador y Redentor padeció muerte de cruz ignominiosa, y desnudo todo el cuerpo, todo por mi causa, ¡y que yo mísera venga cubierta de oro, piedras preciosas, sedas de mucho valor y artificio, y por ello pierda la vida de los celestiales beneficios! La corona de espinas hirió la cabeza de mi Salvador, y la mia viene hermo세ada con corona de oro! Aquel mi Dios fue desamparado de sus amigos y discípulos, y ultrajado con las injurias de Judíos, ¡y yo vengo acompañada de tanta comitiva, espantándose todos en verme, en mirarme y honrarme! Este es el fervor del amor que tengo! Este es el agradecimiento de mi alma! y esta es la ofrenda que le hago de mi amor!*

Ay de mí miserable! ay de mí desdichada! así obedezco á sus preceptos! así traigo á la memoria los beneficios recibidos! así sigo las pisadas de aquel, que yo no siendo, me crió, y perdida, me redimió con su preciosa sangre!

Tanto se metió la Real Princesa en esta meditación, que se elevó y quedó casi sin sentido, cayendo en tierra. Luego acudieron los principales Caballeros y Damas y la levantaron: mas volviendo en sí, quedó con un aborrecimiento grande de los trages ricos; y así de allí adelante andaba vestida con mucha llaneza, y ya que no podia dexar de ponerse seda, se vestia debaxo de cilicio; y quando el Príncipe se ausentaba, su vestido era de lana basta, hasta que volvía su marido, que se ponía las otras ropas por darle gusto.

Tuvo la gloriosa Santa Isabel un hijo llamado Hermano, que fue sucesor del Estado de su padre, y una hija que casaron con el Duque de Brabante, y otra que fue Monja, y despues Abadesa de un principal y religioso Monasterio. Tenia por costumbre, que cada vez que paria, pasados los dias que debía estar en casa, ella misma llevaba el hijo á la iglesia con los pies descalzos y un vestido humilde de lana, y con poca compañía, por un monte muy áspero; y despues que se volvía á casa, daba á una pobre muger el vestido y tocado que habia estrenado aquel dia. Era tan grande la compasion y misericordia que tenia de los pobres tullidos y faltos de sus miembros, que concertaban bien con ella aquellas palabras de Job al cap. 31. *Desde mi niñez creció conmigo la compasion; y del vientre de mi madre salió conmigo.* Un dia llegó á ella un pobre perdido de una enfermedad que llaman *ptiriasis*, que es quando uno

se cubre de piojos, los que le causaban grandes dolores de cabeza: la santa Infanta se dolió mucho de su trabajo, y le mandó se fuese à la huerta de palacio à un sitio oculto de unas arboledas; y saliéndose sola la buena Princesa, cogió à su amado pobre, quitóle el pelo, limpióle los piojos, y le labó la cabeza con licores olorosos que llevaba dispuestos. Las damas la echaron menos, y no paraban de buscarla, y al fin dieron con ella, quando estaba labando y acariciando à su pobre: riñéronla amigablemente, que lo que hacia era ageno à su estado; mas Santa Isabel no hizo otra cosa que reirse y desenojar à sus damas, porque tenia determinado no agradar à los hombres sino à su Dios.

El lance mas maravilloso fue el que se siguió despues. Tenia el Príncipe unos convidados de los mas principales de su estado: estaba ya la comida aparejada: y no faltaba otra cosa que la Duquesa; y como tardaba, mandó el Príncipe al maestra sala que la llamase. Encontróla éste que venia à la salida de su aposento, y como la dixese que la estaban esperando todos, apresuró el paso, y al subir la escalera oyó à un pobre que con clamor impórtuno pedia limosna. La Santa Infanta le miró cariñosa, y con mucha gracia le rogó que aguardase un poco, que le enviaria lo que pedia. El pobre, ó porque le habia hablado la Real Infanta con cariño, ó por disposicion divina, prosiguió con mayores voces, diciendo, que no le dexase miserable y triste sin su limosna. Santa Isabel que se vió congojada con sus súplicas, y por otra parte que la estaban esperando, quitóse el manto que llevaba de grande valor, y se le dió, el qual el pobre se lo llevó.

Apresuró el paso quanto pudo la buena Princesa; pero mas le aceleró el maestra sala para contar al Príncipe lo que habia pasado, y acusarla del motivo de su morosidad con bastante indignacion: mas como ya el Príncipe la conocia, se rió de lo que habia hecho, y levantándose de su silla la salió à recibir, diciendo con palabras muy cariñosas: *por qué, hermana y querida mia, has tardado tanto?* Respondió la Princesa: *vesme aquí, hermano y dueño mio, que ya vengo.* Dixo à esto el Príncipe: *dónde has dexado el manto?* Alzó ella entonces el dedo, y mostrándosele, le dixo: *vesle allí que está colgado en aquella vara.* Y fue así, que improvisamente se halló colgado en el sitio donde habia dicho. El Príncipe para asegurarse mas del prodigio, fue allá y le miró y revolvió, y al fin conoció ser el mismo; y todos quedaron maravillados de tan raro suceso, mas el Príncipe rebotando en gozo y alegría.

Entre dia, despues que habia cumplido sus ejercicios espirituales, solia hilar lana y hacer paños para dar à los pobres, y otras veces les pedia sus capas andrajosas y se las remendaba. Hacia buscar à los Gentiles que se querian convertir à nuestra santa Fé, y les enseñaba la doctrina cristiana: dáballes de comer y lo necesario hasta que recibian el santo bautismo, y muchas veces era su madrina. Luego que la daban noticia de que alguna pobrecita estaba próxíma al parto ó habia parido, se iba allá, la consolaba, la asistia, y la daba quantiosas limosnas. Tan encendida estaba en la santa pobreza, que para haber de contar todos los lances que la acontecieron con los pobres, y lo que executaba con ellos, era necesario un volúmen quantioso: véanse

los Autores que escriben su vida lamentable; mas para que se vea la aficion que demostraba à los pobres, tenia envidia de no serlo: y así hacia à sus damás que se disfrazasen con ella, y que con humildes y pobres vestidos de paño grosero y sucios paseasen las calles, mezclándose entre los necesitados y asquerosos; y viéndose así se holgaba grandemente, y decia: *de esta manera andare yo por las plazas, quando padeceré por mi Dios muchas injurias y desprecios*; las cuales palabras fueron profecía de lo que despues sucedió.

Por este tiempo vino nueva à la corte del Príncipe Ludovico, que el Rey de Ungría enviaba sus Embaxadores para tratar y capitular ciertas cosas con él. Viendo entonces el Príncipe que la gloriosa Isabel estaba baxamente vestida, porque habia dado à los pobres todos sus vestidos y riquezas, la dixo: *mucho me duelo, querima mia, que no tengas vestidos conforme à tu calidad, para que viéndote los Embaxadores de tu padre, recibiesen contento en verte. Ya no hay tiempo para hacértelos como yo quisiera, lo que me desconsuela mucho.* Respondió à esto la Infanta: *No tiene vuestra Alteza que recibir pesar, que yo quiero no agradar à los ojos humanos con vestidos, porque no desagrade à mi Dios con mis costumbres.* Habiendo pasado esto, llegaron los Embaxadores, y fueron recibidos con mucha honra y alegría, y ya que dieron su Embaxada, suplicaron à Ludovico, que mandase venir allí à su Infanta Isabel, que deseaban verla, y ella fue. Mas fue cosa maravillosa, que habiéndola vestido las damas con uno de los vestidos ordinarios que solo tenia, porque los preciosos todos los habia dado à los pobres, el Autor soberano de toda la hermosura y gallar-



día la vistió y hermoseó de tal manera, que à todos pareció que tenia un traje riquísimo de seda extraño, de color de jacinto, guarnecido de piedras preciosas de valor inestimable, y todos quedaron pasmados, preguntándole de qué recámara le habia sacado, quién le habia tejido, cortado y guarnecido. El Príncipe se alegrò mucho, y aun se maravillò mas que todos, porque bien sabia que no tenia vestido semejante; y llegándose à ella, todo lleno de gozo la preguntò secretamente, *que de dónde habia habido aquella preciosísima gala.* Y ella con mucha gracia y amor le respondió: *¿Señor, ignoras que mi Dios sabe aparejar y dar semejantes vestidos quando quiere y como quiere?* O Dios inmenso, y qué maravillas obra tu Omnipotencia con tus siervos que fielmente te sirven!

Ocurrió despues de este prodigio en toda Alemania una general hambre, y muchos perecian por no tener que comer. Y como à la sazón se fuese su esposo à la Apulia à servir al Emperador, y ella se quedase sola gobernando sus estados, se la vino à la mano la ocasion que ella deseaba para favorecer à los pobres. Mandò luego recoger todo el trigo de sus estados, y con larga mano lo comenzò à repartir entre los necesitados, de manera que remediò muchísimo aquella escasez; mas los Administradores lo sintieron mucho, porque con el motivo del hambre esperaban coger muchos dineros, con que congraciarse con su Príncipe: propiedad de logreros, en quienes el interés y codicia suponen mas que la caridad y compasion de sus hermanos.

Volvió de la Apulia Ludovico, y luego sus Mayordomos ò Administradores le fueron con mil parlerías ò queexas contra la Princesa, diciéndole que

su Señora era una pròdiga, perdida y gastadora, que habia gastado todas las rentas del estado de tal manera, que no habia dexado aun pan para que comiesen. El noble y liberalísimo Príncipe hizo poco caso de sus acusaciones y chismerías, respondiéndoles: *dexad á mi hermana y querida esposa que gaste bien, segun comenzó, y gástelo todo, con tal que me queden libres los castillos y lugares, que yo sé que no nos faltará de comer en tanto que permitiéremos que favorezca mi amada á los necesitados.* ¡Digna respuesta de un Príncipe tan cristiano, en cuyo corazón estaba mas estampado el amor y contento de la Serenísima Infanta su muger, que no quantas riquezas tenia! Y bien se puede decir por él lo del Eclesiástico: *bienaventurado el varon de la buena muger.* Y en otra parte: *la muger buena, de la parte buena de los que temen á Dios, se dará al varon por los buenos hechos.*

Bien fue varon de Dios este Príncipe Ludovico, pues además de otras grandes virtudes, no se manchó su castidad. Baxando de lo alto del pueblo una danza de mugeres, venia entre ellas una estremadamente hermosa; y estándola mirando el Príncipe, se llegó á él un infame, y secretamente le dixo: *si quieres lograr, excelentísimo Príncipe, de esta hermosura, yo la procuraré.* A estas palabras, se volvió el Príncipe contra él muy enojado, y con airado rostro le respondió: *calle, perdido, y si quieres gozar de nuestro favor, no me vengas con tales consejos.* Habiendo llegado otra vez á casa de un Conde su deudo, una muger enamorada se le metió de noche en su aposento. Como esto sintió el bonísimo Príncipe, llamó á Gualtero su Secretario, que dormia próximo á él, y le mandó que diese á aquella muger cierta cantidad

de dinero y la despidiese. Y hablando despues sobre ello, protestó delante de Dios, que aunque no aborreciera el adulterio por el temor de Jesucristo, que no le cometeria en ninguna manera, por no hacer injuria á su Isabel. Hasta los oídos tenia castos; porque ninguno en su palacio habia de decir palabra fea ni deshonesta. En todos sus dichos y hechos era verdadero y constante, sus costumbres agradables y ajustadas, y su misericordia con los pobres engrandecida. En fin era exemplo para todos los Príncipes, el ver ú oír cómo guardaba la justicia, y usaba de ella quando le pedian, y cómo conservaba la paz, en tanto que no era forzado á romperla.

Por este tiempo el Pontífice Gregorio IX daba calor á la conquista de la Tierra Santa, habiendo publicado la Cruzada: y entre los Príncipes de la cristiandad que la tomaron, uno fue Ludovico de Lantzgrave, secretamente, por no dar pena á su Santa Isabel. Pero un dia andando la Santa mirándole la escarcela, le halló en ella la Cruz que se daba á los que se ofrecian á la sagrada guerra, y luego cayó en lo que era. No dexó la Santa de desconsolarse lo bastante, por haber de ausentarse su querido esposo; pero el Príncipe la consoló, y la dixo, *que estando la Iglesia tan afligida de los Infieles, y la Tierra Santa ocupada de nuestros enemigos, pareceria mal no ir él allá como los demás; y que ella lo habia de tener por bueno, y holgarse por ello.* Marchó en fin el bienaventurado Príncipe, y la Santa Princesa le acompañó algunas leguas, y despues se volvió á su palacio, donde á mas anchuras se daba á mayores egercicios de santidad.

El buen Ludovico proseguia su camino, y en Sicilia fue acometido de unas malignas calenturas,

que creciéndole cada dia mas, le pusieron en los últimos extremos de su vida. Conociólo el católico Príncipe, y se preparó luego para morir. Recibió los Sacramentos con muchas lágrimas de dolor, de mano del Patriarca de Jerusalem, y con un sumo sosiego de ánimo entregó su alma al Criador, dexando esta vida caduca por la eterna. Enviaron luego mensageros con la novedad á Turingia, no á Santa Isabel, por no darla de repente mayor dolor, sino á Sofía, madre de Ludovico. Esta, como discreta, lo calló por entonces: mas pasados algunos dias se fue á la Princesa, y habiéndola saludado graciosamente, la dixo: *no recibas, hija mia, por cosa pesada, si te dixere lo que ha acontecido al Príncipe mi hijo.* La Infanta pensó que le habian cautivado, y dixo: *si mi marido yace entre cadenas cautivo, yo confio que será presto libre por la gracia de Dios, y liberalidad de sus amigos.* Replicó á esto Sofía: *hija amada, aun es mas; porque ya Ludovico acabó sus dias.* Herida quedó con extrema tristeza la Real Princesa, y empezó á llorar amargamente á su querido esposo. Tan intenso fue el dolor, que no pudiendo reprimir las lágrimas, fueron tantos los extremos del llanto, que conmovió á llorar á todos: mas volviéndose á su benignísimo Dios, le suplicaba la favoreciese en lo que ya precavia la habia de suceder; y solo le pedia conformidad y sufrimiento en lo que la execucion de la divina voluntad enviase contra ella.

Las malas voluntades y envidias contra Santa Isabel, que estaban entre cenizas mientras vivia Ludovico, ahora ya muerto, se descubrieron, y apareció el fuego de la indignacion, rencor y enemistad, que no se atrevian los Grandes y parientes á

manifestar por lo mucho que amaba el Príncipe á Santa Isabel. Añadíase á esto el deseo de mandar, y pasó el atrevimiento tan adelante, que Enrico, hermano de Ludovico, no atendiendo á la santidad de su cuñada, ni á la legítima sucesion de Hermano, su sobrino, ni á la tutela que se debia de derecho á la santa madre, pidió con el favor de otros, tan grandes tiranos como él, la gobernacion de Turingia, diciendo, que Isabel era pródiga, y Hermano el heredero, de pocos dias, y nada idóneos para gobernar; y con esto y otras cosas que dixo, fácilmente fue declarado por Gobernador.

Lo primero que hizo luego que tomó el gobierno, para dar á entender el mal designio que llevaba, fue echar de palacio á la Santa con todas sus doncellas, sin alhajas, ni alimentos, ni cosa alguna mas que si fuera una muger comun: amedrentó á todos los de la villa, que no la recogiesen, ni diesen favor ni posada, para que viéndola los vasallos en tan miserable estado, no tratasen en restituirla en su principado y gobierno, así de Turingia, como de las personas y bienes de sus hijos. La gloriosa Santa, despojada y pobre se baxó á la villa con una paciencia monstruosa é imposible de ponderar, y se metió con sus damas en una casilla de una pobre muger, donde estuvo manifestando un sumo gozo en el Señor que así la regalaba, hasta la media noche, que tocando los Religiosos Franciscos á Maytines, se fue á ellos, y abriéndola las puertas, estuvo con suma devocion hasta finalizarlos: mas entonces suplicó á los Padres, que la cantasen con grande solemnidad el *Te Deum laudamus*, para dar á entender que se gloriaba y consolaba en

las tribulaciones que Dios le enviaba.

Desde allí hizo las diligencias para que se la diese una casa donde recogerse con su familia; pero los de la villa por temor de Enrico y sus aliados no osaban servirla ni respetarla; y así por no hallar casa, se estuvo en la iglesia aquel siguiente día hasta la tarde, la qual venida, se aumentó su congoxa, porque Enrico, llevado de su crueldad, por quedarse libre, echó tambien de palacio à su sobrino Hermano, heredero del estado, con sus dos hermanas: y los tres hermanitos, viéndose desamparados, se fueron á buscar á su santa madre, preguntando como huérfanos, dónde habia ido à parar y residir la Princesa de Turingia. Daba compasion y enternecia los corazones ver aquellas tiernas criaturas andar mendigando por la corte, sin atreverse ninguno á acogerlas: solo pudieron hallar quien les diese razon dónde estaba su santa madre, y al punto se fueron allá, que al verlos los recibió con copiosísimas lágrimas, acariciándolos y consolándolos como tan buena madre.

Entonces por aposentar sus hijos se fue á casa de un clérigo pobre que la hospedó, donde estuvo algunos días, pasándolo con mucha miseria. Ya despues pudo encontrar una casa alquilada donde meterse: mas poco la duró, porque la osadía del casero llegó á tanto, que la hizo salir por fuerza. Y porque ninguno la queria acoger, se fue á un corral abierto, que tenia un cubertizo para cubrir ganado, y allí se refugió, sin tener alimento, ni con qué cubrirse, ni amparar á sus hijos del grande frio que aquellos días hacia. Con todas estas calamidades nunca la santa Princesa dexaba de favorecer á los



pobres en lo que podia, ni perdió su admirable paciencia: y para que se vea á dónde llegó, diremos lo que la aconteció aquellos dias con una vieja har- to ingrata.

Habia Santa Isabel hecho muchos beneficios á una vieja pobre, y la habia socorrido en muchas y diversas necesidades: mas sucedió, que un dia que la buena Princesa salió á cierto negocio, vino á encontrar con ella en una calle estrecha, llena á los lados de piedras, y en medio de barro: pareciéndola que la vieja la haria lugar para pasar, prosiguió an- dando; mas la maldita vieja, sin tener el debido res- peto à su bienhechora, y á tan ilustre Señora, echó tambien adelante, y viniéndose á encontrar las dos en parage donde no podia pasar mas que una, muy enojada la horrible vieja, porque no la dexaba el paso libre, dió á la gran sierva de Dios un empe- llon, tal que la hizo caer en medio del cieno que ha- bia en la calle, no haciendo mas demostracion la Santa, que quedarse riendo de semejante atenta- do. Santa Isabel se levantó y se limpió lo mejor que pudo, y pasó adelante sin alteracion alguna, mas antes con gran contento de verse tratar con tanto desprecio, y aun sonriéndose, no obstante la ingratitud y atrevimiento de la vieja.

Al paso que Dios la enviaba tantos trabajos, tam- bien la regalaba con muchos favores del cielo: por- que estando un dia oyendo misa, y contemplando con sumo fervor en aquel santo Sacrificio, fue ele- vándose hácia el cielo extática y como fuera de sen- tido. Despues que volvió en sí, la preguntó su que- rida dama Isintruda, qué habia visto quando se quedó extática y elevada? Respondióla: *hija amada,*

no me es lícito decirlo á ninguno de los mortales: mas lo que te podré decir, es solo, que fui llena de divino gozo, como quien contempla con los ojos del entendimiento las cosas escondidas del cielo. Despues se volvió á su pobre posada llena de gozo interior. Comió la Santa un poco: y habiendo comido todos, les mandó que se saliesen fuera, quedándose sola con su Isistruda; y como estaba muy fatigada, se echó sobre su regazo y comenzó á dormir, y en este sueño la hizo la divina Magestad otro gran favor.

Estando ya durmiendo, empezó á llorar y despues á reirse. Todo lo observaba Isintruda; estas mudanzas y diversos sentimientos los hizo muchas veces, y al cabo de ellos dixo estas palabras: *sí por cierto, mi Señor: que si tú tienes por bien de estar conmigo, yo tampoco me apartaré de ti, y perseveraré en estar contigo.* Luego que concluyó estas palabras, despertó, é Isintruda que todo lo habia notado, la importunó que la dixese, qué habia sentido entre sueños, que tan breve lloraba como reía, y por último habia dicho aquellas palabras? Santa Isabel le dixo lo que pasaba, y era que Jesucristo Redentor del mundo se la habia aparecido entonces, consolándola de todos sus trabajos: y que en aquel tiempo que la acariciaba y consolaba, se reía; mas que despues se la desaparecia, y entonces lloraba; y que por último la dixo: *dime, Isabel, ¿quieres estar conmigo de la manera que yo quiero estar contigo?* Y que á esto le respondió las palabras que la habia oido antes de despertar.

Así consolaba Dios á su querida Santa Isabel, para que pudiese soportar los grandes trabajos que la enviaba. Quiso tambien el benignísimo Jesus ya mitigárselos; porque sabiendo la calamidad de su

sobrina una tia, hermana de su madre, Abadesa de un principal monasterio, envió al punto por ella y por sus hijos y doncellas. Luego que llegó, la buena Abadesa la consoló, y la envió á otro su tio Obispo de Bancberga, quien la recibió con mucho amor y respeto. Púsola en su casa aparte con toda su familia, donde la mantenía conforme á su carácter. A este tiempo llegaron allí con los huesos de su marido el noble Rodulfo y otros caballeros, que los llevaban á Turingia, y entendiendo lo que se habia executado con la Princesa, lo sintieron mucho, y luego que llegaron á la corte, Rodulfo se fue á Enrico, y le dixo lo siguiente.

Qué fama es, Príncipe inclito, tan siniestra esta que por medio de tristes mensageros ha llegado á nuestros oídos? ¿Son estas las gracias que das á tu hermano Ludovico, de que hayas despojado á su esposa y á sus hijos de sus bienes, y los hayas echado de sus propias casas, como que hayas permitido ó mandado que anduviesen públicamente á pedir de puerta en puerta limosna y acogida? O miserable de ti, digno que seas llorado por todo tu linage! Dime por el inmortal Dios, ¿qué pudo pecar contra tí una muger llena de paz, piedad y santidad, cuyos ruegos te valdrán mas que todas las riquezas de Cresó, que así contra toda justicia y contra todos los derechos de la naturaleza, la echases sin causa de su casa, y la privases de sus bienes? y no contento con esto, usases lo mismo contra tus tiernos y amados hijos, entregando á aquellas inocentes criaturas, sobrinos tuyos, á la misma miseria que á la madre, tu ilustre y santa cuñada? Ya entiendo, inclito Príncipe, que no se debe echar la culpa de esta maldad tanto á tí como á tus consejeros y aliados, que para traerte á que degeneres de tu ilustre sangre, te desnudaron primero de tu humildad, compasion y misericordia.

Perdóname, Príncipe noble, si hablo con mas vehemencia que la que debo á tu respeto; pues sabes, que como no sé li-songear á los Príncipes, así no temo reprehenderles sus vicios. Háblote como vasallo fiel que te ama mas que ninguno, para que mires por tu bien, y revoques excesos tan poco honrosos á tu nobleza y piedad. Engañado estás con las venenosas persuasiones de los malévolos. Usa ahora del consejo de Rodulfo, que mira por tu honra y desea todo tu bien: sea restituida Isabel enteramente è su dignidad, volviendo en amistad contigo: váyase lexos la envidia, ahuyéntense distantes los pérfidos, y quede tu honor en salvo, enmendando tantos y tan feos desafueros, como te ha excitado y aconsejado la perversa malicia.

○ Todos los que presentes estaban, se holgaron mucho del razonamiento de Rodulfo; y Enrico, luego que dexó de hablar éste, quedó bañado en lágrimas, diciendo, que queria tomar su consejo en todo y por todo, y que lo seguiria, por quanto estaba muy arrepentido de lo que habia hecho; y así al punto ofreció à Santa Isabel el gobierno de los estados como antes lo tenia, pidiéndola al mismo tiempo perdón de todo lo que habia obrado con ella y sus hijos. Envió pronto por Santa Isabel: salióla à recibir como à Señora: acaricióla; y en todo queria y deseaba hacer su voluntad. La sierva de Dios que esto oyó, dixo, que no queria poseer ni señorear pueblos ni fortalezas, ni ser ahogada en los cuidados del gobierno de Turingia; que solamente deseaba se la volviese su dote, y otros derechos que la pertenecian, para usar libremente de ellos en beneficio de su salud eterna, y la de su Principe y amado esposo.

○ Luego que la dieron su dote, hizo llamar y juntar todos los pobres de Turingia y Hasia; y puestos

por su órden, distribuyó entre ellos cerca de quinientos marcos de plata; y les queria dar todo lo demas que habia guardado para su sustento, si no la hubiera ido à la mano Conrado, Maestro de Marpurg, à quien estaba encomendada para que la consolase y gobernase, por órden del Papa Gregorio IX. quien la escribia de continuo, recibéndola cariñosamente como à hija de la Iglesia, y debaxo de la proteccion de la Sede Apostólica. Tambien escribió à su director Conrado, hombre justo y muy docto, para que la consolase é instruyese con doctrina santa y exemplos de los Santos, à que perseverase en la paciencia y castidad, dándola à entender, que no hay otro camino para la bienaventuranza, sino el que Cristo y sus Santos dexaron hollado con un continuo trabajo, y que de él supiese, que no le faltaria ni dexaria de favorecer como à hija muy amada en todas las ocasiones que se le ofreciesen.

Muy consolada quedó santa Isabel con estas letras del santísimo Padre, y desde entonces determinó pasar mas adelante por el camino difícil y pedregoso de la virtud. Para esto rogaba à Conrado que la enseñase este camino, y él lo hacia: declarábala muchos testimonios de la Escritura sagrada: contábala muchas historias santas y exemplos de los justos; y con tal leccion la esforzaba vehementemente al desprecio del siglo, al castigo de la carne, à la abstinencia de las cosas caducas, y finalmente à que aborreciese todo lo que el mundo ama. Tanto se encendió la gran sierva de Dios en estas dulcíssimas pláticas, que quiso llegar à lo último de la pobreza y humildad, y para esto pidió á su maestro espiritual Conrado, que la diese licencia para pedir

limosna de puerta en puerta. Conrado se la nego, diciéndola, que no convenia à una Princesa de tan alta sangre y de pocos años, andar por las calles mendigando: y porque ella porfiaba con muchas lágrimas, que la diese semejante licencia, se vió obligado à reñirla y reprehenderla; y así desde entonces, como tan obediente à su director, no pasó adelante con su humilde deseo. Mas viendo que por aqui no daban luz sus ardientes ansias, aguardó ocasion para despojarse de toda su voluntad del siglo y de todo quanto en él se halla. Un dia de Viernes Santo se fue con Conrado y sus damas à la iglesia de San Francisco, y llegándose á un altar y poniendo sobre él las manos, con solemne voto se hizo Monja de la Tercera Orden de los Franciscos penitentes, y renunció á sus padres, hijos y deudos, pompas y vanidades del mundo, y finalmente su propia voluntad. Desde entonces tomó el hábito secreto, hizo profesion, y se puso debaxo de obediencia, dándole licencia para que hiciese lo que á Conrado pareciese. Lo que desde entonces adelantó esta sierva de Dios parece increíble: los milagros eran muy continuos: las maravillas que obraba, no tienen número: y en fin practicó tanto la Santa, que mereció de su Dios especialísimos favores, hasta que recibió el último de su benignísimo Jesus.

Este fue, habérsela un dia aparecido Jesucristo con un rostro alegre y suavísimo, que la dixo: *ven, escogida mia, ven y goza del celestial tálamo que desde ab æterno te destiné.* Santa Isabel quedó grandemente contenta con esta promesa, y dixo á su maestro Conrado la soberana merced que Dios la habia hecho. De allí á quatro dias cayó enferma, y poco

á poco le fueron faltando las fuerzas y creciendo la enfermedad, y aunque se hallaba congojada, nunca apartaba su alma del cielo, y el Señor la iba consolando, habiéndola enviado música de Angeles, que la cantaban suavísimas canciones, las quales algunos de sus asistentes permitió Dios que las oyesen. Confesóse con su Director Conrado, y haciendo testamento, dexó por su heredero á Cristo y á sus pobres, quedándose solo con una saya, con la qual quiso ser sepultada. Recibió asimismo los Sacramentos de la Eucaristía y Extrema-Uncion, y hasta que murió, obró maravillas muchas.

En fin llegada la hora de partirse de este mundo, entre cánticos angélicos entregó su espíritu al Criador aquella paloma candidísima á los veinte y seis años de su edad, y á los 1231 de nuestra salud, en 19 de Noviembre. Fue su muerte muy llorada de todos, y especialmente de los pobres, que poblaban el ayre á clamores, voceando por las calles con lágrimas: *ya hemos perdido á nuestra madre, nuestro amparo y nuestro consuelo; que será de nosotros de aqui adelante?* Quatro dias la tuvieron manifiesta, por el gran concurso que acudia, y cada dia echaba de sí un olor suavísimo y como de los cielos. Colocaron su santo cuerpo en un gran sepulcro, donde por su intercesion obra Dios muchos y extraños milagros, los quales escribe y prosigue por muchos capítulos el principal Autor de su Historia Jacobo Montano de Spira.

F I N.

Reimprimase.
Dr. Adell, Vic. Gen.

Reimprimase.
Eulate, Regente.

